

SALGADO GONZÁLEZ, Sebastián. *Las dos pieles. Naturaleza y libertad: destilaciones filosóficas*. Santander: El Desvelo Ediciones, 2024, 564 pp. ISBN: 9788412869071

Llegó el anunciado segundo volumen de las reflexiones ontológicas de Sebastián Salgado González. Después de *Lo que pesa el mundo. Fragmentos de sistema*, nos encontramos con la obra que completa una propuesta extraordinariamente completa y profunda porque «la filosofía busca llegar al fondo de las cosas y abarcarlas sistemáticamente» (p. 9).

Hace falta tener muchos conocimientos para atreverse a afrontar un proyecto como este, que alcanza algunos de los asuntos fundamentales en la reflexión metafísica: el de la naturaleza y la libertad. Entendidas ambas como conceptos cuya realidad requiere de aclaración, por lo que no se trata de un entretenimiento sobre salidas campestras, sino el resultado de destilaciones que proceden de muchas lecturas que ya son densas por sí mismas.

El libro está, como corresponde al asunto, lleno de referencias a los grandes autores de la historia de la filosofía, entre los que voy a permitirme resaltar a Kant y Hegel, a Ortega y Gasset o a Félix Duque. Los dos primeros porque dan una idea de la entidad de las cuestiones y la perspectiva desde la que las afronta Sebastián Salgado. Los dos segundos porque contribuyen también a mostrar alguna de las preferencias fundamentales del autor.

En todo caso, una lista de las referencias sería abrumadora, aunque la cuestión no es si cita a pocos o muchos, de

más o menos peso, sino que lo hace de forma pertinente y relevante, paseando con conocimiento oportuno por algunos de los senderos más relevantes de la filosofía moderna y contemporánea.

¿Qué significa «naturaleza»? ¿Qué quiere decir «libertad»? ¿En qué sentido existen y son o no compatibles? Son asuntos que no pueden resolverse de un plumazo. Sebastián utiliza más de quinientas páginas para procurar abordarlos desde varios enfoques, intentando construir una imagen en la que los fragmentos del primer volumen destilen un resultado completo. Y lo hace conforme a su visión de la filosofía, que «consiste en cortejar el concepto» (nota a pie de la página 414).

Como se puede suponer, las dos cuestiones son inseparables de quiénes somos, porque la naturaleza lo es por y para nosotros y la libertad es inseparable de los hombres. Son, según Sebastián Salgado, nuestras dos pieles.

A lo largo del texto, el autor muestra algunas de sus convicciones personales, como la inseparabilidad de nuestra existencia de la técnica o la crítica a actitudes como la de los partidarios del «regreso a la naturaleza» («desde un discurso religioso y etnocéntrico», p. 156).

Sebastián Salgado sentencia:

La naturaleza ni ama ni odia, ni concede ni elimina derechos. (...)

Calificar la naturaleza de salvaje y brutal suele ser habitual, como también lo es referirse a ella como sabia, entrañable, admirable e incluso amistosa y maternal; sin embargo, la naturaleza es un todo desprovisto de cualquier sentimiento, como también lo está de cualquier pensamiento. De ahí que no quepa, al contrario de

Aristóteles, atribuirle fines o pensarla desde un esquema teleológico. La naturaleza carece de fines porque ni piensa ni siente. La naturaleza no tiene finalidad alguna porque en realidad no hace nada, ya que carece de motivos e intenciones. La naturaleza, en definitiva, no puede llegar a tener fines porque sencillamente no existe en sentido ontológico o, al menos, no existe en el sentido en que lo hace un individuo, cosa, ente singular. (pp. 156, 241-242)

Sin embargo, es nuestra fuente de recursos y somos incapaces de vivir en ella sin modificarla.

Junto a esa naturaleza que no piensa, amoral y sin emociones, encontramos la libertad: «Una *naturaleza* capaz de sobreponerse a la naturaleza» (p. 177), siendo la libertad cosa de hombres (p. 257). A partir de lo cual surgen conclusiones de carácter ético:

Si el hombre, y no la naturaleza es el sujeto, entonces no hay derechos ni deberes naturales: hay derechos y deberes del hombre para con el hombre y algunos de esos derechos y deberes conllevan la realización de prácticas ecológicas. No es la naturaleza la que ha de dictar qué ha de hacer el hombre. Este es quien ha de dictaminar qué le conviene hacer con ella. (p. 240)

Frente a una naturaleza que *no hace* nada, encontramos al hombre como libertad, que es quien verdaderamente actúa (p. 385).

Y la vida humana, desde ese punto de vista no es un regalo, sino una lucha (p. 245). En esa lucha, el aspecto social se impone en la reflexión acerca de la libertad, puesto que aparece también el otro como elemento fundamental, lo que lle-

va al autor a introducir bastantes capítulos con reflexiones de carácter político que atañen también a la relación no ya entre libertad y naturaleza, sino entre leyes y libertad, pero sin alejarnos del punto de partida:

Cada política alberga en su interior alguna ontología y algunas directrices ético-políticas se apoyan ontológicamente en tesis que relegan la libertad colocándola tras la igualdad y donde la aquiescencia existencial de cada individuo es diluida en una *sopa boba* de esencia universal, la cual pervive siempre en conceptos que expresan el principado de lo comunitario, sociedad, humanidad, etc. (p. 369)

La postura del autor se va haciendo más clara conforme se avanza en la lectura: «La política y la moral *pasan* de los hombres; a ellas solo les interesa la humanidad» (p. 471).

Sebastián Salgado es un defensor de la libertad, asociada a la razón («somos libres porque nuestras acciones no están condicionadas únicamente por causas: obedecen razones», p. 421) y en peligro por el irracionalismo del que irradian peligros como el subjetivismo y el emotivismo, el comunitario y el colectivismo e incluso el altruismo, que tiene su base en la religión (p. 381).

Frente a ello, encontramos la postura del autor: «El individualismo materialista de la libertad que defiende aquí antepone la ontología a la política: somos (o no) libres y, solo después, cabe expandir o limitar la praxis de dicha constitución material. Lo primero es asunto ontológico; lo segundo, político. [...] No somos libres por ser animales políticos, sino que debido a que somos libres re-

gulosos políticamente nuestra convivencia social: la sociedad no es la causa de nuestra posible libertad; más bien, nuestra «socialidad» es un corolario de nuestra racionalidad» (p. 371).

En cualquier caso, los juicios que puedan formarse acerca de la obra no pueden llevarse a cabo a partir de unas pocas citas como las que recogemos aquí, sino que requieren una lectura completa y serena, puesto que nada de lo que

se cuenta son meras ocurrencias, sino el resultado de una sucesión de reflexiones profundas y bien fundamentadas. El estilo de Sebastián Salgado ha ido depurándose para hacerse dueño de una prosa muy cuidada, llena de alusiones y metáforas sugerentes que premian el esfuerzo que supone acercarse a un texto que habla muy bien de quien lo ha escrito.

Fernando MARTÍNEZ LLORCA